

HEGEMONÍA Y DEMOCRACIA

por Aldo Ricci

El partido comunista italiano, que hoy se encuentra empeñado junto con las otras fuerzas de izquierda, en la discusión sobre pluralismo y hegemonía, y, en consecuencia, sobre las características de una transformación en sentido socialista de la sociedad italiana, llega a esta cita a través de una historia difícil y contradictoria que ha determinado en estos últimos años una notable evolución en las posiciones del partido. Las novedades más interesantes en las posiciones actuales del PCI, que se reflejan de inmediato en la actual discusión, se refieren al juicio sobre la Unión Soviética y en los países que gravitan en su órbita de influencia, y a las declaraciones sobre la indisolubilidad del nexo democracia-socialismo en la estrategia de los partidos comunistas de Europa Occidental.

A partir de la constatación de la crisis del movimiento comunista internacional y de la imposibilidad de proponer el modelo soviético para las sociedades occidentales, el partido ha recorrido un notable trecho. Su crítica a los países "socialistas" partió como una crítica a los métodos y a las superestructuras. Se distinguía entre una estructura socialista y por lo tanto sana para defender, y una superestructura en la cual estaban presentes las contradicciones puestas en evidencia por el desacuerdo y las represiones. Esta idea ha sido lentamente corregida (sería más exacto decir que se está corrigiendo: un ejemplo de este cambio de rumbo es la entrevista sobre el 56 de Pietro Ingrao, publicada en el N°3 de "Rinascita" de este año) y se ha estudiado la posibilidad de que también en la estructura social hubiera alguna cosa que no funcionara. No se trata de una posición precisa sino de un indicio de búsqueda, porque todavía no se ha hecho un análisis crítico del sistema soviético. Las afirmaciones más significativas en este campo son las que provienen de los políticos. Cuando se afirmó que la estrategia política del PCI puede ser mejor desarrollada en la mitad occidental que en la oriental del mundo, también se ha dado implícitamente, el indicio más preciso sobre las características de los "socialismos" reales.

Al mismo tiempo se han multiplicado las declaraciones públicas en las cuales se ha reafirmado y subrayado la esencialidad, en la estrategia de los partidos comunistas de Europa occidental (italianos, franceses y españoles) de la defensa y desarrollo de las libertades políticas y civiles, tales como se han formado después de las revoluciones burguesas. Tales libertades y tales métodos de formación de la voluntad política deben ser conservados también en la sociedad socialista más aún- constituyen, además, una característica esencial de ésta. De esto se desprende, obviamente, que donde tales libertades no existen, tampoco existe el socialismo; o bien, si también eso es socialismo, entonces lo que se quiere construir es algo que esta aún por definirse, que tiene con lo primero una relación solo nominal. A esto se oponen una acentuada desconfianza en lo concerniente a nacionalizaciones generalizadas y una consideración siempre más atenta a la función del mercado, en una economía altamente industrializada.

LO VIEJO Y LO NUEVO

Como se ve, se trata de innovaciones profundas no sólo respecto a la tradición y a la doctrina del movimiento comunista internacional, sino también con respecto a las posiciones del PCI de hace pocos años.

Estas importantes novedades de "principio" no han sido acompañadas por iguales novedades en los campos de la estrategia político-económica y teórico-ideal. La estrategia de las reformas, a la cual el PCI ha apelado por años como una alternativa concreta, no ha estado nunca en condiciones de pasar del plano de las enunciaciones genéricas al de propuestas concretas, a tal punto, que hoy el PCI se debe proponer la formulación de un plan de mediano plazo. En la política cotidiana el partido se ha movido y se mueve hoy sobre la base de una profunda incertidumbre, más atento a no hacer precipitar los precarios equilibrios, que a proponer soluciones alternativas. La propuesta de compromiso histórico es la expresión de esta actitud. La lucha contra la inflación, el freno al sindicato, por citar solamente dos ejemplos, son probablemente elecciones razonables, pero realizadas sin un nexo estratégico. Entre estas elecciones empíricas y los argumentos generales de los cuales está llena la prensa comunista, es difícil encontrar una relación¹. El desfase, entre la política cotidiana del partido y lo que se lee en la prensa, es muy profundo. En la prensa se siguen leyendo reflexiones sobre nuevas formas de democracia (de masa, regulada, organizada), sobre el nuevo modelo de desarrollo, sobre la hegemonía de la clase obrera, sobre la transición, cuando, en la práctica política, no se logran formular propuestas que resulten discriminantes para la dirección que se debe dar a la crisis. Al mismo tiempo, la producción más "teórica" promueve una serie de lecturas en cadena de los clásicos que elaboran pretextos y apoyos para las oscuras palabras del carácter general que hemos recordado con dificultad. Se asiste así a la multiplicación de una producción marxista que era impensable hasta hace algunos años. Una producción transformada casi en una surte de tomismo escolástico, una ciencia de glosadores empeñados en comentarse entre ellos y en intercambiar su producción por la realidad, como ha justamente señalado Bobbio. A primera vista el marxismo se presenta hoy como absolutamente hegemónico en la realidad italiana; no se escribe casi de ninguna otra cosa. Y este marxismo hegemónico no está aún en condiciones de formular propuesta alguna sobre lo qué hacer.

Aquí, me parece se encuentra uno de los nudos centrales de los cuales nace el presente debate. El partido comunista, frente a las profundas transformaciones reales, establece una serie de puntos fijos, por boca de sus actuales dirigentes que señalan una profunda corrección con respecto a la tradición del movimiento comunista. A esto, no está aún en condiciones de hacer seguir dos corolarios esenciales; una precisa y concreta formulación de los objetivos políticos, económicos y sociales a perseguir, con que fuerzas perseguirlos y hasta donde llegar; en segundo lugar, un rendimiento de cuentas (sin liquidaciones fáciles e inútiles, naturalmente) con el propio bagaje ideológico que, si bien no puede ser dejado por la calle como un bulto inútil,

tampoco puede ser íntegramente llevado por cualquier sendero, a riesgo del deterioro y de la pérdida del rumbo que se quiere seguir. Sin precisar los objetivos que la izquierda se propone *hic et nunc*, y la confrontación crítica entre éstos y los principios en los cuales se ha históricamente inspirado, no se logrará formular ninguna estrategia creíble. Este es el sentido del debate que se ha desarrollado en los últimos dos años.

LOS TÉRMINOS DEL DEBATE

Se comenzó con dos artículos de Bobbio publicados en 1975 por "Mondoperaio". La tesis de Bobbio -si de tesis se puede hablar, porque creo que él mismo considera sus intervenciones más como introducciones a la discusión que como puntos de llegada- es simple. Parte de dos premisas: la constatación de las dificultades que el marxismo halla para recabar en su bagaje ideal las respuestas a los problemas de teoría política que deben afrontar en esta nueva perspectiva; la constatación de que todavía no se han formado sociedades en las cuales socialismo y democracia se hayan dado conjuntamente (por lo menos si se mira a los "socialismos reales" y a las formas de democracia que hemos señalado). Todo esto indica la existencia de una relación problemática no resuelta entre socialismo y democracia, una relación que, a juicio de Bobbio, la izquierda debe someter a una verificación práctica y teórica con la convicción de que a ella le está confiada la credibilidad de su rol en el mundo occidental. Respondiendo a las intervenciones suscitadas por sus artículos, Bobbio concluía centrando lúcidamente el verdadero problema a enfrentar; descartados los "socialismos reales" como modelos dignos de atención y adoptada la vía del pluralismo y de la democracia política como valores para conservar y desarrollar, la idea del socialismo que se quiere lograr, también debe ser reformulada.

La intervención de Salvatori sobre el concepto de hegemonía de Gramsci y en el PCI de hoy, publicada en éste volumen ha reabierto el debate iniciado por Bobbio. La tesis de Salvatori es que Gramsci habla de hegemonía en sentido perfectamente coherente con la tradición marxista y leninista en la cual se ha formado. En la perspectiva marxista se sustituye la hegemonía burguesa por la hegemonía de la clase obrera. Tal hegemonía se afirma a través del partido revolucionario (comunista) que ayuda a la clase obrera a salir de la condición subalterna en la cual se halla en la sociedad capitalista. Esta nueva fase histórica exige de la nueva clase una hegemonía ética e intelectual, además de política y económica. A esta le es esencial el elemento de consenso² como apoyo necesario a la dictadura de la clase revolucionaria. Para Gramsci, consenso y dictadura son esenciales para la hegemonía del proletariado. Puede haber dictadura sin hegemonía (y para Gramsci esto es un peligro que hay que evitar), pero no viceversa.

El partido comunista, según Salvatori, utiliza la crítica de Gramsci a la dictadura sin hegemonía (más bien sin consenso -la stalinista por ejemplo) para contraponer dictadura y hegemonía como estrategias radicalmente alternativas, sin puntos de contacto entre ellas. La intención de esta posición es evidente: apoyar en Gramsci la propia política actual. El partido comunista habla hoy de hegemonía en un sentido que se apoya exclusivamente sobre el elemento del consenso; habla, como si lo hiciera del motor de un proceso de transformación que aparece en el cuadro de las estructuras parlamentarias actuales, estructuras que toleran el pluripartidismo, la alternancia de distintas mayorías, y la reversibilidad de las opciones; algo completamente distinto a la hegemonía gramsciana que, en cambio, presupone la dictadura revolucionaria. Preocupado por encontrar en la propia tradición puntos de sostén para las opciones de hoy, el PCI subraya los elementos de continuidad con esta tradición, poniendo a la sombra los elementos de ruptura y de novedad. Prefiere, en cierto modo, hacer cosas nuevas fingiendo que se trata de cosas de siempre.

ENTRE GRAMSCI Y KAUTSKY

Esta intervención de Salvatori ha salido contemporáneamente con su monografía sobre Kautsky³. Algunas de las tesis que expone en este libro representan también un elemento de reflexión importante para los problemas surgidos del ensayo sobre Gramsci y por lo tanto, vale la pena recordarlos. En Kautsky, a juicio de Salvatori, se encuentra un análisis del estado moderno que va más allá de lo de Marx. Aunque conservando los elementos esenciales de la evolución histórica hacia el socialismo, Kautsky vive críticamente la experiencia de un movimiento obrero fuerte y organizado con los problemas de un Estado moderno. Esta experiencia lo lleva a identificar en el Parlamento, en la democracia política, en las libertades civiles, en la administración centralizada y altamente especializada, algunas de las condiciones indispensables para el funcionamiento de cualquier tipo de Estado que quiera conservar y acrecentar las libertades y no disminuirlas. Se trataría, en otros términos, de características que deben introducirse enteramente en la sociedad socialista, so pena de un atraso histórico y de la realización de una forma de sociedad que no tiene nada que ver con aquella que se quiere construir. La democracia política se presenta para Kautsky como una condición indispensable para la realización de cualquier tipo de transformación social que se proponga aumentar y desarrollar las conquistas de la civilización moderna.

Para él, la perspectiva del socialismo solo tiene sentido si se está en grado de pasar a través de esta prueba. Durante toda la primera fase de su vida el socialismo se le presenta como una necesidad histórica, mientras, en los últimos años esta transformación aparece como una simple posibilidad, por lo que vale la pena luchar mediante la experimentación social y la competencia con otras alternativas. A través de estas innovaciones teóricas, Kautsky modifica profundamente el concepto de dictadura del proletariado que le deriva del marxismo y lo sustituye por el de "dominio", fundado en el consenso al socialismo verificado continuamente a través de la democracia política y del parlamento. El concepto de democracia al cual se refiere Kautsky -también para la sociedad socialista- se presenta profundamente diferente al de Gramsci. Se trata, a juicio de Salvatori de dos respuestas diversas nacidas dentro del marxismo frente a un problema común; la transformación en sentido socialista de los países de capitalismo avanzado a la luz de las contradicciones, y de los fracasos del sistema

soviético. Gramsci presenta el problema de la democracia como necesidad de sostener la dictadura del proletariado y del partido con hegemonía política e intelectual de la nueva clase (consenso) y unir a esas, formas de democracia conciliar. Kautsky considera que la democracia política, tal como está estructurada en las sociedades occidentales, es la vía más eficaz para verificar y desarrollar el consenso a la nueva sociedad; a tal forma principal, constituida fundamentalmente por la confrontación libre de los partidos y de las alternativas estratégicas, podrán ser agregadas formas de democracia directa, pero siempre subordinadas y complementarias a la primera.

Nadie puede dudar que se trata de perspectivas divergentes. Y es evidente también que las dos intervenciones de Salvatori, aunque tan diversas resultan vinculadas en cierto modo. Salvatori no pretende por cierto que el PCI sustituya a Gramsci por Kautsky; no se trata de encontrar nuevos patrones fundadores. Pero me parece que sostiene que un proceso serio de revisión teórica, en el que parecen estar comprometidas cuestiones de principio del PCI, deben mirar sin *prejuicios* a todo el trasfondo ideológico. Las opciones político-institucionales del PCI van en el sentido indicado por Kautsky, y desarrollado posteriormente por otras fuerzas socialistas; las elecciones ideológicas van en la dirección indicada por Gramsci, o, mejor dicho, afirman moverse en esa dirección. No se trata evidentemente de un simple problema de error historiaográfico, se trata de una contradicción política. El partido comunista ha verificado la esencialidad de los canales de la democracia parlamentaria para la formación de la voluntad política, para la composición y resolución de las tensiones sociales y para las transformaciones estructurales o no, de la sociedad italiana. Esto implica naturalmente consecuencias aun a nivel de los modelos históricos hacia los cuales se mira. Implica una modificación de actitudes, sea en sentido negativo o positivo. En sentido negativo implica una negación *argumentada* del modelo soviético. En sentido positivo implica la precisación de los objetivos que se nos proponen mediante la vía de la democracia política, la compatibilidad entre los medios y los fines, la mayor o menor convergencia entre los medios y los fines, la mayor o menor convergencia entre los objetivos que se nos proponen y aquellos previstos por la doctrina. Implica entonces una profunda revisión que requiere una gran lucidez de análisis; implica el resquebrajamiento del mito y de la ideología, la transformación del partido y de los militantes. Todas estas cuestiones no son ni indiferentes ni indoloras.

LA IDEOLOGÍA COMO PARAGUAS

El nexo entre la intervención de Salvatori y la precedente de Bobbio es bastante claro. Ambas, aunque en modo diferente, reclaman al PCI

El debate y la reflexión sobre su actual naturaleza y sobre sus objetivos estratégicos. Pero el argumento de Bobbio va más allá de los confines del PCI e incluye a toda la izquierda, de la cual solicita precisiones sobre el socialismo que intenta construir, una vez admitido como esencial el método democrático. El argumento de Salvatori tiene el mismo objetivo, pero parte de un problema más circunscripto; la contradicción existente entre las declaraciones políticas de principio del PCI y su bagaje ideológico. Esta diferencia explica porqué las dos intervenciones han suscitado reacciones diversas en el partido comunista.

Bobbio enfrenta un problema que no es de exclusiva competencia del PCI. La relación democracia-socialismo es algo que coenvuelve a otras fuerzas aparte de las comunistas. Ellos hoy admiten que se trata de un terreno en buena parte inexplorado, sobre el cual nadie puede adelantar una hipótesis de principio. Por este motivo el debate sobre la tesis de Bobbio ha progresado lentamente, con muchos silencios y sin que haya pasado en modo explícito de un argumento problemático-metodológico a un argumento histórico-político.

El problema planteado por Salvatori es, bajo este aspecto, distinto. Una parte del patrimonio ideológico del PCI está en discusión, precisamente uno de esos puntos sobre los cuales el partido ha construido en estos años su especificidad y, al mismo tiempo, su continuidad con la tradición.

Pariendo de estos puntos, la discusión aún hoy se muestra difícil. Llamado a rendir cuentas con su bagaje ideológico y a explicitar la relación entre su política actual y dicho bagaje, o a dar un nuevo trasfondo a dicha política, el partido comunista se muestra recalcitrante; fastidiado por una intrusión en un terreno de su competencia; convencido, probablemente con razón, que el proceso de revisión puede resultar más doloroso que lo previsto. Entre política e ideología prevalece aún, al menos a nivel de debate, la segunda. En esto se manifiestan las consecuencias del atraso registrado en estos años en el debate teórico en la izquierda. Esto es el resultado del "doble riel" bajo el cual se ha movido el PCI en estos años: empirismo en política, doctrinarismo en el campo ideológico. Los intelectuales del partido han nutrido una producción ideológica tendiente a demostrar que las cuentas estaban bien hechas y a desarrollar la sensación de la continuidad y creatividad de la doctrina. El resultado fue el que hemos señalado precedentemente: una construcción doctrinaria autosuficiente, en grado de nutrirse de sí misma pero de escasa utilidad frente a las opciones políticas. Haber mantenido vigente esta situación revela hoy con precisión las ventajas y desventajas que han resultado para el grupo dirigente comunista. La ventaja fue, indudablemente, la cobertura ideológica que el partido obtuvo de este modo. El partido se presentó y se presenta al exterior y a sus militantes como un centro de elaboración ideológica rico y en sintonía con la tradición a la cual se vincula. La desventaja es doble. Condicionado por su construcción ideológica el partido no está en grado de insertar las propias opciones políticas en un cuadro estratégico coherente; la dimensión ideológica se revela como un obstáculo al desarrollo del conocimiento de la realidad. Los mismos políticos a los cuales se deben las elecciones más nuevas y significativas, llamados a dar respuestas de carácter estratégico o a discutir la ideología, se revelan ideólogos ellos mismos, incapaces de aplicar a las doctrinas las novedades elaboradas empíricamente. Los mismos políticos aparecen como prisioneros de construcciones ideológicas que ellos mismos han alimentado o avalado.

Esta me parece la mayor dificultad que enfrenta hoy el PCI. Dejar de usar la ideología como un paraguas bajo el cual coexisten las políticas más dispares. Dejar de presentar cualquier opción política ideal como un momento de la Totalidad, como la encarnación concreta y actual de la evolución de la doctrina y la tradición; para la cual la realidad cambia, pero la doctrina evoluciona. El razonamiento típico es el siguiente: se admite la diferencia entre la situación actual y la del pasado, pero al mismo tiempo, se subraya la continuidad ideal que liga las aspiraciones de entonces a las de hoy. Se dice que ser diferentes es la mejor forma de ser iguales en la substancia; el modo mejor de ser leninistas y de no ser leninistas; el mejor modo de ser gramscianos y de no ser gramscianos. Cuando la situación histórica cambia, deben también cambiar las reflexiones sobre esa situación. Gramsci y Lenin (¿y, por qué no? También Marx) las hubieran cambiado, no hubieran permanecido dogmáticamente ligados a las tesis anteriores; el PCI no es dogmático, y por lo tanto ha cambiado su interpretación de la realidad, haciendo aquello que hubieran hecho Gramsci y Lenin, y por lo tanto el partido gramsciano y leninista en la substancia.

¿Cuál es el sentido de toda esta gimnasia, de este eje de equilibrio al borde de la continuidad sustancial? Es la profunda dificultad en que un partido que ha nacido como expresión de una ideología total, y que tiende aún hoy a presentar cualquier opción suya como la encarnación actualizada de aquella ideología, encuentra cuando trata en la práctica política, de salir de una concepción cerrada y predeterminada del desarrollo histórico para pasar a una concepción abierta e indeterminada, para la cual no existen soluciones preconstituidas o descontadas, y tampoco existen sujetos privilegiados electos por la historia para la solución de sus problemas. Este es el verdadero nudo gordiano que debe ser desatado para realmente ser protagonistas conscientes de una situación histórica, en grado de medirse con los problemas que ésta le presenta en modo abierto, desprejuiciado y responsable, pero también atento a interpretar la dirección en la cual se mueve.

LA CUESTIÓN DE LA HEGEMONÍA

Las diferentes posiciones del partido comunista en este debate reflejan con precisión las fuerzas contradictorias a las que esta sometido. Una manifestación significativa de este penoso problema, se tuvo durante la convención organizada en Frattochie a fines de enero, durante la cual se manifestaron fuertes contrastes acerca de la forma de interpretar el problema de la hegemonía hoy, y acerca de las peculiaridades de una sociedad caracterizada por una nueva hegemonía. Otro signo importante de esta situación proviene de algunas de las últimas intervenciones políticas de cierta importancia de los máximos dirigentes del partido intervenciones en las que se advierte un endurecimiento en las posiciones respecto al giro que tiende a asumir el debate.

La verdadera dificultad que en este momento enfrenta el partido comunista, se encuentra, en mi opinión, en la distancia que continúa separando los dos aspectos de su línea política: el empirismo cotidiano y el cuadro ideológico dentro del cual continúa expresando los argumentos de carácter general. También las opciones "de principios", a las cuales no se les puede restar importancia, se muestran ineficaces para superar la distancia que separa estas dos instancias. Para poder elaborar una interconexión programática suficientemente coherente y un programa estratégico congruente con las opciones "de principio" es necesario que el partido comunista (así como también toda la izquierda) rinda cuentas profundamente con la propia ideología. En necesario, en suma, romper, en cierto sentido, el diafragma que separa teoría política y práctica política y tratar de dar dignidad teórica también a la propia política cotidiana.

El tema de la hegemonía de la clase obrera, tema central de la ideología comunista se presta perfectamente a encaminar esta clarificación como lo demuestra la vivacidad de la polémica que ha suscitado. Trataré de examinar algunas cuestiones "de principio" que me parecen vinculadas a este problema.

Como premisa quisiera enunciar los dos elementos que me parecen de mayor ambigüedad presentes en el concepto de hegemonía. 1) La hegemonía de la clase obrera (o mejor dicho la dictadura del proletariado) nace en el marxismo como hegemonía de la gran mayoría; hoy la clase obrera en los países industriales no es gran mayoría y los partidos del movimiento obrero recogen y representan muchas otras fuerzas sociales además de la clase obrera. 2) En la idea de hegemonía de la clase obrera se expresa una visión finalista del desarrollo histórico que me parece pertenecer más a la filosofía que a la auspiciada "ciencia laica" a la cual se han referido numerosos exponentes comunistas y que me parece, además, en contraste con las opciones políticas de los partidos comunistas de Europa occidental y del PCI en particular. Es cierto que el uso que se le da hoy al término es profundamente diferente al original, pero me parece que ciertas categorías tienen elementos específicos que no permiten ser estiradas en cualquier dirección sin que pierdan claridad.

Comencemos con una cuestión que se ha repetido frecuentemente: ¿es compatible la hegemonía con el pluralismo y la democracia? A esta pregunta se le puede dar una respuesta "técnica" como lo hizo Bobbio en su última entrevista con "Mondoperaio", en la cual dijo que una hegemonía de clase que se ejerza a través de varios partidos es técnicamente compatible con el pluralismo. Si bien agregó luego que, naturalmente, en ese punto habría que redefinir el concepto de hegemonía, significado que nos encontraremos con un concepto profundamente diferente a aquel del cual se ha partido.

Me parece, sin embargo, que se debe intentar dar una respuesta histórico-política, además de técnica. La democracia política ha nacido de las revoluciones burguesas y dentro de una hegemonía burguesa. El pluralismo económico competitivo, ha sido una condición del nacimiento del pluralismo político. La democracia política no es un producto necesario de la hegemonía burguesa porque también existen versiones de la misma que no son nada pluralistas. Esta se ha consolidado en las formas actuales de la democracia de los países industrialmente desarrollados integrando en la confrontación político-institucional todo el espectro de las fuerzas sociales. El nacimiento de los partidos modernos, con su capacidad de movilización política de las masas y el acceso, a través de ellas, a la gestión del poder de estratos sociales no burgueses, es un producto reciente de la

evolución de estos sistemas políticos y representa algo que excede su cuadro inicial. Otro producto de esta evolución está representado ciertamente por el diferente rol del estado en la gestión del mecanismo económico y en la mediación y resolución de los conflictos de clase en sociedades como las industriales articuladas en forma tan variada.

No estoy convencido que todo esto haya sucedido sin modificar el cuadro inicial; sin que la hegemonía burguesa haya sido profundamente transformada respecto a su punto de partida. Tampoco estoy convencido de que en este contexto no sean posibles otras profundas transformaciones. Me parece que éstas se multiplican delante de nuestros ojos, revelando más bien una escasa capacidad, por parte de los expertos, de prever la naturaleza y el sentido de estas transformaciones. Tengo una profunda perplejidad al concluir que estas transformaciones vayan en al dirección que comunmente se entiende por "hegemonía de la clase obrera". Tengo una perplejidad similar al interpretar estas transformaciones como etapas de la "transición al socialismo" al menos en lo que se ha entendido siempre con esta expresión, a la espera de que una reflexión profunda de una versión identificable a este término.

El hecho es que en realidad las cosas no han salido como estaba previsto. El "socialismo" se ha desarrollado donde no "debía"; y lo que se ha desarrollado produce más rechazo que atracción. El término movimiento obrero internacional no define ninguna realidad unitaria; el único uso concreto que se conoce es el que se hace en la Unión Soviética para su propia política mundial. Las contradicciones nacionales no dan señas de ser sustituidas por las de clase. En los países de capitalismo avanzado el desarrollo porcentual de la clase obrera con respecto a la entera población activa muestra una tendencia al estancamiento más que al crecimiento. Inserta en este cuadro social estructurado en las formas de la democracia política y del pluripartidismo y rica en medios tonos y articulaciones, la clase obrera se muestra en situación de ejercer un notable peso económico y político, pero no puede producir "valores" nuevos y potencialmente hegemónicos. En general, se dirige hacia los partidos de masa, dando preferencia a aquellos que tienen vínculos más estrechos con las organizaciones sindicales. Al mismo tiempo, los partidos nacidos históricamente como partidos de la clase obrera, se muestran capaces de ejercer su influencia política sobre una gama de fuerzas sociales mucho más vasta que la originaria. Su línea política es cada vez más pragmática y cada vez menos ideológica. Su línea no es la de trastocar el sistema sino de gestión de sus impulsos correctivos y de transformación.

Esta es la realidad en la cual se mueven los partidos del movimiento obrero occidental y de la cual descienden las novedades políticas de principio del PCI. Con respecto a esta problemática, la línea de hegemonía por lo menos en lo que queda en ésta del núcleo ideológico originario, se mueve en un plano radicalmente distinto. Algunos de los exponentes comunistas que intervinieron en el debate han puesto el dedo en el problema. Han reivindicado el núcleo ideológico del concepto de hegemonía. Aquiles Orchetto, para dar un ejemplo (y su posición está presente en muchos otros, aunque algo más esfumada) en el debate que se desarrolla sobre estos problemas en la Casa de la Cultura de Roma, dijo que con el concepto de hegemonía se quiere golpear al "finalismo histórico" implícito en la posición ideal del partido comunista, la unificación social a la cual esta tiende. Me parece que tiene razón. En efecto, el concepto de hegemonía puede subsistir solamente dentro de una concepción global y finalista del desarrollo histórico. No es casual que la hegemonía represente el corolario esencial del análisis marxista, al cual conviene, aun a riesgo de parecer pedantes, hacer referencia aunque sea sumariamente.

EL ANÁLISIS DE MARX

Para Marx, el concepto de dictadura del proletariado (y sabemos que la hegemonía es su hija legítima), nace del corazón de su análisis del capitalismo, de su función histórica y de su destino. La función del capitalismo consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas; el aumento de la producción y el incremento de la productividad resultan de razones inherentes a la lógica del funcionamiento del capital. Con respecto a las formaciones históricas que lo han precedido, el capitalismo representa una forma de progreso aunque sea mediante la explotación y por lo tanto, en forma alienante, mediante esta vía se liberan las enormes potencialidades del hombre. En el comienzo del crecimiento de las fuerzas productivas, el capitalismo encuentra dos tipos de dificultades: internas, y sobre todo, económicas, que, en el largo plazo hacen siempre más difícil su funcionamiento y expansión; y además, dificultades de orden político-social. En efecto, para desarrollarse el capitalismo debe aumentar la consistencia de la clase obrera, del proletariado. Esta clase es la antagonista directa del capital, creada por el capital y engranaje de su funcionamiento. También es organizada como clase por el capital, y por ello rival potencial del propio capital. Solo su trabajo es productivo. Es la única clase productora de valor, que viene después redistribuido a toda la sociedad; esta clase continúa desarrollándose paralelamente al aumento de la producción capitalista. Tendencialmente el desarrollo social está orientado hacia una dicotomía clase obrera-capital hacia la cual las otras clases tienden a ceñirse. La emancipación de la clase obrera, por su colocación dentro del mecanismo productivo, coincide con la emancipación de toda la sociedad; esta es la clase en general; la reapropiación de las fuerzas productivas alienadas al capital por parte del proletariado permite superar los límites al aumento de la riqueza y por lo tanto de la potencialidad humana, que el capital enfrenta; el desarrollo de las sociedades puede ser ahora libre y consciente.

Este análisis partía de diversas suposiciones. En primer término, una tendencia del capitalismo a desarrollarse en escala mundial. El aumento del proletariado hasta coincidir con la gran mayoría de la sociedad. La simplificación de la dialéctica histórica y un contraste capital/proletariado. En esta perspectiva la dictadura del proletariado representaba para Marx el ejercicio de la voluntad de la gran mayoría, representaban varias facetas de un mismo proceso. El elemento de cohesión en este análisis estaba reducido al mínimo, en cuanto confluían en la dictadura del proletariado dos elementos decisivos; la voluntad de la casi totalidad de la sociedad y la tendencia de las leyes objetivas del desarrollo histórico-económico social. Voluntad subjetiva de la mayoría y necesidades objetivas se encontraban reunidas en esta perspectiva histórica; el éxito estaba descontado.

En este análisis de Marx del proceso histórico es evidente el peso de la base filosófica, y la influencia de la idea hegeliana de desarrollo histórico-dialéctico, idea que tiene como centro la necesidad de lo negativo y de su superación como motor del proceso en su conjunto. El proceso histórico está fundado en la ruptura de la unidad originaria del hombre con la naturaleza y con los otros hombres. Esta ruptura es una necesidad en cuanto sirve para poner en funcionamiento, aunque sea en forma de alienación, las potencialidades humanas, antes sólo latentes. Esta ruptura es una contradicción viviente y postula la necesidad de la recomposición. Esta recomposición, como dice Marx en los "Manuscritos", es la solución del enigma de la Historia.

Desde los primeros años Marx ha modelado, sobre esta dialéctica de la negatividad, los elementos empíricos que le proveían sus investigaciones y no la ha modificado nunca. Ha identificado en la sociedad capitalista el momento culminante de la fase negativa, aunque esencial en la historia humana; ha individualizado en el proletariado al protagonista del proceso de expropiación-alienación y por ello de su trastocamiento; ha deducido el comunismo como la conclusión necesaria del movimiento histórico, como la recomposición ineludible de la unidad originaria (la unidad orgánico-primitiva), si bien enriquecida por todas las articulaciones introducidas por el capitalismo, aunque fuera en forma de alienación. La historia, en esta perspectiva, tiene un sentido preciso e inequívoco, preparar la emancipación del hombre (un hombre diferente de aquel inicial, con rasgos prometeicos). Las diversas etapas del desarrollo, las diversas formaciones histórico-sociales, son interpretadas, en esta perspectiva, como momentos de un proceso unitario cuyo éxito final y previsible es la emancipación completa de la humanidad. El socialismo y después el comunismo representan este éxito final, y el proletariado es el instrumento para realizar el pasaje del capitalismo al socialismo.

UNA CONTRADICCIÓN PARA RESOLVER

Cualquier teoría de la hegemonía se apoya, en modo más o menos explícito, en este cuadro teórico; cualquier teoría de hegemonía presupone el conocimiento del "sentido" de la historia y de la existencia de uno o más partidos que interpreten este "sentido" y se dirijan en esta dirección. Es justamente la existencia de este "sentido" y su previsibilidad que han entrado en crisis. Esta crisis se ha revelado en forma doble. Sobre todo como explicitación del carácter filosófico-dialéctico de este conocimiento del "sentido" de la historia. Luego como verificación de la bifurcación real existente entre este "sentido" y el desarrollo de la realidad como se nos ha manifestado durante este siglo. He tratado de señalar ambos aspectos, aunque sumariamente.

No se trata de proceder a liquidaciones, porque todos sabemos bien que si el movimiento obrero tiene hoy una fuerza política, esto se deriva de su historia (ideal y de luchas). Se trata de entender cómo y por qué el movimiento obrero, donde tiene la libertad política para hacerlo, se mueve hoy en una línea que es radicalmente distinta a aquella prevista por los clásicos.

La elección democrática y pluralista del PCI (análoga a la de otros partidos obreros occidentales) es un ejemplo de estas novedades. Democracia y pluralismo son los *medios* pero son también los fines; si se adopta esta dimensión como algo necesario sea para hoy o para mañana, se cumple una elección de dirección cuyos contenidos sociales ideales no son previsibles. Es una elección pragmática en la cual no hay necesidades. Es una elección que se encuentra en conflicto incurable con respecto a aquella de la hegemonía, porque se apoyan en construcciones ideales diferentes. La democracia no conoce metas necesarias, la hegemonía sí. Cuando se proyecta la necesidad de hegemonía a través de la democracia, se proyecta la necesidad a través de la posibilidad, con evidentes contradicciones lógicas.

Por lo tanto, esta me parece la consideración conclusiva. Las opciones del PCI me parecen moverse en una dirección radicalmente diferente con respecto al cuadro ideológico que sobrevive en el partido. Además, me parece que esta línea política no tiene todavía la línea política que necesita, le falta un marco estratégico. En ella permanecen fuertes componentes ideológicos que la condicionan negativamente y obstaculizan la definición de un bloque de fuerzas políticas y sociales empeñadas en una estrategia de reformas. Sé bien que la idea de hegemonía que el PCI utiliza hoy políticamente es profundamente diversa a la de antes; pero sin embargo, las palabras tienen un peso y en este término está inserto un componente finalístico que, en cambio, está ausente en la línea del PCI. Esta diferencia se explica rompiendo con un falso sentido de continuidad, para el cual las estrategias cambian, pero las metas son siempre las mismas y, por lo tanto, son perfectamente conocidas.

Me parece que esta ambigüedad ideológica es más peligrosa *hoy* en cuanto, por la dificultad de la situación, la solución de la crisis no está absolutamente asegurada, ni tampoco lo está el rol que los partidos del movimiento obrero están en grado de desarrollar en este contexto. Si el movimiento obrero no estuviera en condiciones de dirigir hacia un éxito positivo la solución de la crisis, la ideología podría representar una fuerte tentación para reaccionar contra el sentido de inseguridad y por lo tanto un óptimo, aunque resbaladizo, de retirada.

¹ Cuando tal nexo se establece, viene aparejado a valores poco creíbles para un movimiento que se declarara portador de una concepción laica y materialista de la vida. Cuando Berlinguer llama a la austeridad a la cual nos encontramos hoy obligados como una oportunidad histórica para iniciar una profunda transformación de la sociedad y de sus valores (el desarrollo de los consumos individuales) me parece que hace virtud de la necesidad. La austeridad podrá ciertamente ser necesaria, como ha justamente observado Bobbio en el "Corriere della Sera" de enero 22, pero no puede tener más que contenidos prevalentemente negativos, mientras que ciertamente no puede ser la base para una transformación positiva de la sociedad. La liberación de las necesidades permitida por la austeridad es una liberación que pasa a través de la

renuncia y no a través de la satisfacción. Renunciar en muchas cosas es probablemente indispensable, pero no es claro porque se debe construir sobre esto una ética del sacrificio y definir como moral nueva a una moral que ya tiene dos mil años.

² Me parece que la intervención de E. Galli della Loggia individualiza muy exactamente el elemento pedagógico-autoritario presente en la concepción gramsciana del consenso. El consenso que se determina es el de una sociedad que se uniformiza ante un proyecto de transformación social, moral e intelectual cuyos contenidos están ya exactamente organizados en un sistema cumplido. Es el consenso de quien acepta la realización de un mundo que tiene de su parte las leyes de la Historia

³ *Tra Gramsci e Kautsky*. ML/L. Salvatori, *Kautsky y la Revolución Socialista 1880-1938*, Milán, Feltrinelli.

NOTA: El texto original de este artículo apareció en el Cuaderno de "Mondoperaio", 1978.